

**Emilio Barreto
Ramírez**

*Félix Varela:
hombre de futuro
y esperanza*

Tan temprano como cumplido el primer cuarto del siglo XIX, Félix Varela tenía una claridad absoluta en torno a tres tareas sociales para las cuales sirve la comunicación (aquí veremos dos): primero, la fundamentación de razones para aspirar a la independencia de Cuba; segundo, la constitución de Cuba como nación republicana, cuya distinción fuese el discernimiento desde la racionalidad. Esos propósitos se hallan planteados en el periodismo y el ensayo independentistas de Félix Varela.

La independencia nacional ha sido, desde hace más de doscientos años, un discurso permanente en la comunicación pública al interior de la historia de las naciones, sobre todo en los países acuende los mares, pues son los que han debido proyectar y realizar extensas gestas independentistas. Varela se mantuvo muy atento, durante su formación como Catedrático de Constitución en el Real y Conciliar Seminario «San Carlos y San Ambrosio», y como diputado al segundo proceso constitucional de Cádiz, al desarrollo de las guerras llevadas a cabo contra el yugo español por los ejércitos libertadores en Sudamérica. Reclamaba esa actitud su condición de español de América que ya había comenzado a pensar únicamente desde la identidad de americano.

Veinte años después del ciclo de circulación del periódico independentista *El Habanero* (1824-1826), así como pasados más de treinta de las guerras de independencia en América Latina, y también más de veinte del segundo período constitucional de Cádiz (1821-1823), tuvo lugar la Guerra de Crimea. Entonces las reglas del Derecho, con la intervención de los militares, por un lado, y la de los tanques pensantes de la sociología especializada en la comunicación de masas, por el otro, comenzaron a mediar, a manera de elementos decisorios, en torno a la regulación absoluta de la información mediática, precisamente con la anuencia de la alta jerarquía militar sobre todo en Estados Unidos de América. Luego llegaron los aportes de la *Mass Communication Research*, igualmente en escenarios militares y políticos tanto en la primera como en la segunda guerra mundial. Así ha quedado constatado en la praxis la idea de que la comunicación ha elaborado una y otra sospechas en torno a la gestión del discurso vertido en la esfera pública como constitutivo, en repetidas ocasiones, de la génesis de la opinión formada y robustecida para la subversión del orden interno con ansias de liberación nacional (Mattelart, 1996). A todo ese resultado se llegó cuando Félix Varela ya estaba retirado de su vocación de comunicador político y se hallaba completamente dedicado al ministerio sacerdotal en labores de asistencia a comunidades de irlandeses en los Estados Unidos de América. En definitiva, la intuición vareliana se adelantó a tales conclusiones muy probablemente a partir de que el ejercicio del periodismo era un acto moderno, mediante el cual era posible primero conformar el *espíritu público* y después influir en él.

Y es precisamente en el ámbito de lo público, y desde la comunicación social, donde Varela deja constancia de su deseo de que la isla de Cuba, una vez independizada de España, *se constituyera en nación cuyo talante fuese el discernimiento ciudadano*, porque era —y sigue siendo— el único modo de encarar la tarea del progreso, del avance en la esfera de lo social. Desde esta instancia, si bien no dejó de ser un hombre de su tiempo, también pensó y actuó como un adelantado, pues dispuso del periodismo: un oficio que la Modernidad después elevó a práctica profesional, para concebir y editar en el exilio el periódico *El Habanero*, el cual debía entrar en la Isla y al menos ser leído y consumido por las élites intelectuales: en particular

los jóvenes educados y socialmente inquietos, y por tanto proclives a profesar el sentimiento patriótico: el más sincero de los componentes de la espiritualidad para labrar, primero desde la subversión del orden metropolitano y después desde la revolución social, un mejor futuro para la Cuba independiente y republicana.

No es casual entonces que Varela se haya constituido, para la historiografía y el pensamiento social cubano de todos los tiempos, en un paradigma, el cual es preciso redescubrir una y otra vez. Y esto ha sido una constante desde José Martí hasta la Generación del Centenario.

A partir de la reflexión anterior, en las páginas que siguen, el doctor Eusebio Leal Spengler, Historiador de La Habana, escruta en la vida y la obra de Félix Varela. Desde ella, esboza la relación entre el ser y el deber ser del cubano de entonces, el de ahora y el de todos los tiempos.

Mediante Decreto Real, Fernando VII prohibió la circulación del periódico El Habanero en la Península. ¿Quiénes constituían realmente los públicos del discurso público independentista de Félix Varela, o sea, para quienes exactamente escribió Varela los artículos políticos de la mencionada publicación y las reflexiones teológicas del libro Cartas a Elpidio? ¿Qué temía en realidad la corona española ante el discurso independentista de Varela?

Como en toda América Latina, se habían formado, habían surgido las élites: vanguardias pensantes. No cabe duda de que cuando Alejandro de Humboldt llega a La Habana se siente asombrado — así lo manifiesta —, de lo que él llamó: «La rara ilustración de las gentes de La Habana». Cuando habla de la gente de La Habana no habla del pueblo: del pueblo común, del pueblo llano; está hablando de esa aristocracia que ha tenido acceso al conocimiento, a la cultura, a proyectarse hacia el exterior de Cuba.

Alejo Carpentier, en *El Siglo de las Luces*, toma una lenticula de la sociedad y escribe su novela. En esa lenticula, en esa prueba de laboratorio, Carpentier demuestra no solamente la existencia sino la posibilidad de la existencia, o elemento, o fermento, o levadura en la sociedad cubana. No olvide que a pesar de la Isla — de estar en la Isla — había muchos canales de comunicación con la América. Parecía haber llegado al momento oportuno, al momento crucial. Había llegado a estos últimos diez

años de proclamación de la independencia y a los movimientos insurreccionales en casi todo el continente. Son diez años de mucha efervescencia de ideas. Son diez años de búsqueda. Al mismo tiempo, el pensamiento de la Revolución francesa había permeado profundamente el contrato social: Rousseau, las ideas de independencia de poderes frente al drama del poder absoluto y más cuando estamos hablando del período de Fernando VII. Emilio Roig escribió una lápida hermosa para su monumento —que lo tenía ya retirado de la Plaza de Armas y colocado en su oficina, en el Patio— que decía: «Más que un ser humano fue un monstruo que conspiró contra su padre, contra España, fusiló a los liberales. Lo alentó. Es un caso patológico en la historia política de Occidente».

Entonces, en medio de ese contexto, es lógico que a ese grupo selecto, al que había conocido en las aulas desde muy temprano, muchos compañeros de él también, que iban a formar una vanguardia dentro de la propia Iglesia que iba a ser descabezada. Son muy interesantes los estudios que ha hecho el jesuita —el padre Maza¹— sobre la Iglesia. Es muy importante que usted consulte un poco ese período que el padre Maza analiza: donde se entremezclan mucho el drama de la esclavitud, el independentismo, el sentido liberal, en palabras más amplias.

Yo creo que a ese grupo pequeño, donde se ha formado una vanguardia capaz de romper el oscurantismo y el aislamiento, está dirigido el mensaje de *El Habanero*. Y que la suspensión proviene de los informes contrarios que está recibiendo el Rey por parte lógicamente del Capitán General, de sus informantes. A veces subvaloramos algo: es asombroso, lo estamos viendo hasta en cosas muy recientes: en noticias históricas más recientes; el nivel de información y de detalle. En esa época, en una América ya en peligro, se multiplican esos informantes. Dentro de la propia Iglesia están los informantes: los enemigos de Varela dentro de la Iglesia diciendo: «Esto no puede seguir. Éste está subvirtiendo esto. Hay que quitarlo. Hay que suprimirlo. Hay que matarlo.» Porque se llegó hasta eso.

¹ Manuel Maza Miqueli, s.j.: sacerdote jesuita cubano radicado en República Dominicana, donde también ejerce la investigación histórica especializada en el siglo XIX cubano.

¿Cuánto de la oralidad, de las tertulias y de la prensa periódica que transitó del costumbrismo al pensamiento político, se torna decisivo para la conformación de la comunicación pública y la socialidad más allá del legado de los representantes de la intelectualidad apreciada a la usanza de la alta cultura?

Espada²: el gran promotor de las ideas de él. Es interesante. Porque cuando uno ve su biografía, su expediente, se queda asombrado: ya había recorrido un camino como Rector del Seminario y como hombre de ideas. Tenía una ascendencia familiar y unas relaciones políticas en el universo del mundo vasco que era importante. El padre Ángel Gaztelu Gorriti me decía que, a destiempo, Espada era como un Caballerito de Azcoitia: aquellos Caballeritos que les llamaron así —los Caballeritos de Azcoitia— era un grupo ilustrado de gran valor intelectual. Y Espada aportó a la sociedad cubana una ruptura con el pasado. Espada tiene un encuentro *postmortem* con Echevarría, quien tenía una idea tan amplia. Espada supera por completo ese período oscuro del obispo Trespalacios y Verdejas, opuesto a la educación. Cree que la educación es un engendro diabólico para confrontar a Echevarría. Es verdaderamente el hombre que transforma la enseñanza en el Seminario: crea un elenco de estudios verdaderamente transformador, como ha estudiado profundamente Eduardo Torres-Cuevas.

Entonces, Espada va a ser el promotor de la Sociedad Económica, de la Sociedad Patriótica. Va a tomar toda una serie de iniciativas que ponen abono en el fermento, en el pensamiento que hay en el Seminario, y probablemente también en la Universidad, como dos puntos de la enseñanza superior. Y no cabe duda alguna de que ese fermento fue fecundo a lo largo de esos años en Martí, quien en palabras muy breves elogia cuando habla de los tiempos luminosos de Espada.

Y Espada es el promotor del padre Varela. Es el que se da cuenta del valor intelectual de aquel joven, cuya limpieza de sangre lo acreditaba para poder estar en cualquier foro: hijo de militar. Descendiente de una ilustre familia habanera dentro de la propia Iglesia: su tía era Priora del Convento de Santa Teresa, donde él celebra su primera misa. Espada lo entresaca, dándose cuenta

² Monseñor Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa: obispo de San Cristóbal de La Habana.

que va a ser el modelo futuro. Y lo persuade que sea político. Lo persuade que haga lo que él no puede hacer, a pesar de su cosecha de influencias políticas, de la búsqueda de relaciones que Espada tiene muy claras. No cabe la menor duda que es el mentor del Padre. Y Varela ha demostrado que, a pesar de esa dulzura, de esa apariencia frágil, de esa imagen de santo, es esencialmente un revolucionario: lo es en su culto a las ciencias (a la Química, a la Física). Hay que ver el papel que juega al introducir estos elementos de la cultura general científica en el Seminario. Espada le facilita los libros. Me imagino que hasta los libros que están prohibidos y que Espada tiene. Espada es heredero, en gran medida, de la Biblioteca de Echevarría, que tenía libros que estaban prohibidos hasta para los que tenían permiso de leer libros prohibidos. Así que es un lector de la Enciclopedia del conocimiento general científico, del conocimiento político, de las ideas de la Revolución Francesa, de lo que está ocurriendo en América, del caliente paso todavía de Humboldt y su comentario fuera de lo escrito, de la esclavitud, Cuba... Entonces, a mi juicio, ahí está el yacimiento de los saberes.

¿Cuáles son los rasgos que distinguen a este estadio o fase de la gestación del independentismo? ¿Hasta dónde la formación filosófica de Varela constituye el soporte para concebir pacífica o negociadamente una revolución independentista?

Bueno, siempre se ha dicho, por lo general, y en eso puede que ayude más Pittaluga, quien más ha profundizado —con más valentía, a veces hasta la polémica en estas cuestiones—. No es como nos imaginamos: no era una sociedad donde nadie estaba a favor del cambio y que aquí todo el mundo estaba en el negocio: Iglesia y sociedad estaban en el negocio de la esclavitud, como dice el padre Maza. Ese matrimonio de poder que se establece cuando llega don Luis de las Casas. Y le ofrecen de regalo a don Luis —hombre ilustrado y noble— las llaves de oro del ingenio *Amistad*. Con ello se hacía una alianza entre el poder económico —lo que Moreno Friginals llamó la sacarocracia— y el poder político. Eso se va a romper después. Pero entonces se hizo esa alianza. Y ahí están los prohombres y las figuras de la alianza.

El caso de Heredia es significativo de que no había tal quietud. El exilio de Heredia. El pensamiento de Heredia: que no

era solamente el poeta, sino el letrado, el académico, el hombre de ideas. Heredia, quien también venía de allá: del Oriente de Cuba, quien tenía un conocimiento sobre América que le venía por la sangre, por la familia. Son pequeñas pruebas de laboratorio de lo que pasará: los conjurados en las primeras organizaciones fraternales masónicas. ¿Quiénes eran? ¿Dónde estaban? ¿Quiénes eran esos personajes? Entonces, a mi juicio, ahí yace lo que hay que investigar todavía. Quizás eso le dé mucho sentido, mucho valor a su investigación.

¿Pudiera hablarse de la existencia del ejercicio de un periodismo político en Varela?

Yo creo que sí; la propia voluntad de lanzar un periódico de allá para acá es un acto moderno. Hoy es muy fácil hacer eso. Hoy usted compra un sobre DHL y manda lo que usted quiera. ¡Pero hacerlo en ese momento! ¡Lograr introducir —y no sabemos de qué manera, en qué cajas de qué otra cosa— los papeles para que superaran la censura aduanal y entraran en Cuba, y llegaran a sus destinatarios! Es muy importante. Sobre todo porque es una voz no autorizada. Hasta ese momento, cuando usted ve lo que había: el boletín del Gobierno: era la imprenta de la Capitanía General. Cuando usted ve los impresos. Usted ve *El Noticioso y Lucero* de La Habana.

Todo es, hasta ese momento, compromiso y estatus. Con la llegada de *El Habanero* se rompe eso. Pero, sobre todo, lo más importante: se establece un antecedente: el mar, en ese caso, no separa; une. Y los contactos de Varela en el exterior. (Todavía siguen apareciendo cosas de Varela. En nuestro archivo, por ejemplo, hay tres cartas que nosotros adquirimos recientemente. Cartas reveladoras sobre el tema de la educación. Varela explica, en esa correspondencia, sobre todo en una de ellas, cómo tiene que ser el trato a los niños en la educación; cómo ha de respetarse la privacidad de los niños; cómo evitar que los profesores irruman en el ámbito de la identidad de los más pequeños.)

Varela tenía un pensamiento muy avanzado, extraordinariamente avanzado. No solamente filosófico. Varela estaba al día de lo que estaba pasando en el continente americano. Se me parece más al padre Bizcardo y Guzmán, y a esas figuras que a otras. En definitiva, se va a parecer más cuando concluya el período en que, como Martí, aspira a una solución pacífica y

transitada, y llega a la conclusión de que la lucha armada era el único camino.

En el artículo «Tranquilidad en la isla de Cuba», publicado en El Habanero, Félix Varela llama la atención sobre la naturaleza de todo pacto social, especialmente en el que «liga a la Madre Patria con sus colonias». «Maternidad inventada por especulación política, pero que sin embargo no conviene impugnar al presente, sino que deduzcamos las consecuencias que se desprenden de ella misma». Aquí Varela formula su discurso independentista mediado por el contexto y acaso por su discurso anterior al independentismo radical, o sea, al autonomista, identificado con su labor política como diputado en las Cortes de Cádiz.

A juicio suyo, ¿podrían identificarse mediaciones, esto es, influencias del pensamiento de Varela en su etapa de autonomismo en la posterior, o sea, la del independentismo radical?

Mire, siempre ha sido así. Todos los levantamientos, todos los cabildos abiertos en el Continente, todos, hasta el levantamiento en Venezuela, fueron en nombre de Fernando VII. Esta era la táctica. Y si para algunos no fue táctica, era un acto ingenuo. Todo el mundo estaba ya convencido de que esto era una formalidad casi notarial para volar después.

En el caso de Cuba, hay un trabajo brillante de Carlos Rafael Rodríguez en los *Cuadernos de Historia Habanera* sobre el papel de los autonomistas cubanos, del grupo de hombres que precedieron al movimiento de revolucionarios del '68, el papel que jugaron, y aún el que jugaron después del '68 para no desilusionar a los que creían en la posibilidad de la autonomía como un camino. Ayuda a Martí ese movimiento que al final concluye que nada se puede esperar del poder constituido, que la solución tiene que ser la independencia. Y que el autonomismo es como una equivocación permanente. Pero en los días de Varela es lógico que él tome esta posición. En definitiva, todo el mundo quería que viniera Fernando VII, o un miembro de su familia. Sabía todo el mundo que no iba a venir ni Fernando VII, ni ningún miembro de su familia. (Este experimento nada más lo pudo realizar Portugal, en el caso del Brasil, con el viaje de la familia real. Y en Brasil lo consiguió un Partido monárquico. Todavía se habla con respeto del rey bueno: José A. Bonifacio.) Pero el caso nuestro es muy distinto. Yo creo que fue un estadio lógico y fue una etapa fecunda en

la historia de la evolución del pensamiento del padre Varela. Él tenía que pasar por ahí hasta llegar adonde llegó: al punto más alto. Punto más alto si consideramos, como consideran todos los autores que usted me ha citado, que es el precursor, el hombre que comienza, el hombre que abre los capítulos del drama posterior, el de la pólvora y el plomo: a lo que él se refiere tan literalmente.

En uno de los artículos de El Habanero, Varela advierte que en Cuba no existe otro amor que a los sacos de azúcar y las cajas de café. Eso quiere decir que la independencia no revestía importancia para los cubanos, es decir, para los criollos, o los naturales, tal y como suele llamar Varela a los españoles nacidos en la isla de Cuba. En otra edición posterior escribe un artículo titulado «¿Hay unión en la isla de Cuba?», en el cual expresa: «Más de lo que quisieran los enemigos de la independencia, pero no tanta, a la verdad, cuanta deseamos». Más adelante afirma: «Una u otra anécdota, una u otra imprudencia, una u otra interpretación maliciosa, he aquí las bases sobre las que quiere fundarse una desunión necesaria. Yo no niego que la haya, jamás ceso de lamentarla, pero conozco al mismo tiempo el gran recurso que sacan de ella los enemigos de la libertad».

¿A cuál unidad se refiere Varela en la isla de Cuba? ¿A la unidad de quiénes? En El Habanero alude varias veces a la apatía, a la timidez de los naturales, mediada la segunda por la malicia de la opinión pública de los españoles tanto en la Península como en el gobierno de la isla de Cuba.

En la primera parte, es lo mismo que le ha ocurrido a todos los que han luchado alguna vez por algo. Hay un momento de decepción o de angustia. Noticias que le llegan. La especulación que parece dominarlo todo. Acuérdesse que estamos en el momento en el que la sociedad esclavista va a alcanzar su clímax. Hay un momento en la sociedad cubana tremendo. Estamos hablando del tiempo del discurso de la agricultura de Arango. Estamos hablando de la decisión de Fernando VII de apoyar — porque es apoyado por oligarcas criollos — para meter más y más esclavos en la Isla. Es posible que Varela, en ese primer momento que dice que nada más les interesa las cajas de azúcar y los sacos de granos de café, haya sufrido una transitoria decepción y un dolor. Al mismo tiempo es una crítica y un señalamiento para los que están más allá. Pero eso está presente en

toda la historia, de una forma u otra; y sobre todo en la historia de Cuba.

Lo segundo: lo de los criollos como españoles americanos, concuerda mucho con el padre Bizcardo y Guzmán: en definitiva, su discurso es a los españoles americanos. Porque somos eso. Éramos eso. Y lo somos, en gran medida. Aún los que no sean hombres blancos. Hasta el hombre negro cubano es también un hispano. Yo nunca he creído en el tema de la afrodescendencia. Creo que aquí se cuajó una identidad más importante y más abarcadora que la raza: algo que tiene que ver un poco con una creación humana, el género humano que hablaba Bolívar. No olvide, el abuelo de Maceo era valenciano. No olvidemos eso.

Entonces, hay esa fusión. Para mí no cabe duda de que esa primera afirmación nace de esa decepción circunstancial que todos los luchadores pueden tener ante ese *esperemos una nueva zafra para que haya más posibilidades* que oímos tantas veces después. Segundo, no me extraña que los poseedores de esclavos y los que están apegados todavía a la posibilidad de un tránsito pacífico, tengan un peso muy grande en la cuestión política. No olvide que hasta el 10 de octubre Céspedes tenía lo suyo. No olvide las duras palabras de Maceo por el testamento de Luz y Caballero donde, hasta el final, el educador, el padre, el hombre bondadoso, tiene también lo suyo. Y otros más que ni siquiera nos imaginamos y que tienen también los esclavos en sus casas. No se lo puedo ni decir.

Entonces, si esto es así, es comprensible que la idea cueste trabajo ir la haciendo avanzar. Es un discurso siempre provocativo el del padre Varela. Y que, como usted ve, va avanzando; en el pensamiento va sorteando tanto como la complejidad de su pregunta.

Si usted tiene la bondad de leerme la segunda parte de su pregunta.

¿A la unidad de quiénes?

No cabe la menor duda que ahí se va a aplicar la ley de unidad y lucha de contrarios del materialismo dialéctico. Ahí se van a enfrentar, de una parte, los que quieren...la vanguardia que quiere una transformación, que quiere un estatus diferente, que quiere la emigración blanca de la que después habla Saco con tanta intensidad y tanta pasión: un blanqueamiento

de Cuba. Los que tienen horror a lo que ha pasado en Haití; que están ahí. Esos están unidos y amalgamados en torno al poder.

Y España aprovecha eso: *yo soy la única que puede garantizar aquí que no pase lo mismo que allá*. Esto es un factor retardatario e importante que hay que tener siempre en cuenta. Y de otra parte, esas vanguardias que se van a ir vertebrando en las conspiraciones políticas, sobre todo en Soles y Rayos de Bolívar. Y todo eso que tiene sus antecedentes en la llegada de americanos de tierra firme que también vienen a Cuba y que el Gobierno mira con muchas sospechas. No olvide que aquí está Vicente Rocafuerte, por ejemplo, en La Habana, que va a ser el creador del Ecuador moderno. No olvide toda esa gente de América del Sur: familias que han venido también huyendo de América del Sur, y que están en el Oriente, y que están aquí: en la isla de Cuba, que fue el punto de regreso de los que van capitulando en distintos lugares. En la medida que avanzan las semanas, los meses, y los próximos inmediatos años, van a llegar a La Habana los de Puerto Cabello, los de San Juan de Ulúa. Toda esa gente viene siguiendo el camino de los haitianos que llegaron a veces (los haitianos franceses), con sus propios esclavos, en distintas oleadas y en distintos grupos sociales.

Entonces, en ese ambiente están floreciendo las logias, las conspiraciones; a veces entre dos personas, a veces entre tres. El comentario político por el peligro de lo que ocurre es ineludible. En ese ambiente es donde está entrando la voz tan anticipada y tan interesante del padre Varela.

¿Hasta qué punto podía ser posible un cambio pacífico en la isla de Cuba, salido de un contexto tan irregular, esto es, con ánimos exaltados por un lado, con tímidos y tranquilistas por otro, comprometidos únicamente con el comercio exitoso, y con partidarios de una invasión extranjera sin que fuesen descartables fines de anexión republicana?

Bueno, ya hoy lo sabemos porque vemos la historia de lo que pudo pasar. Siempre la historia no es lo que quisiéramos sino lo que fue. Entonces, la cosa concreta es —y está vista desde ahora— que no era posible: que tranquilamente no era posible, que posteriormente vendrán medidas aún más duras: como lo fue el Estado prácticamente de poderes omnímodos para los

capitanes generales, por ejemplo, los grupos extraordinarios que se crean para enfrentar las conspiraciones unas tras otra que se van produciendo, las reales y las ficticias para poder limpiar..., que tienen su ejemplo muy tardío cuando ya Varela estaba lejos de Cuba. Y ahí está la base del movimiento de Luz y Caballero. La comparecencia de Luz y Caballero, a quien sus amigos le dicen que no vuelva a Cuba. Porque va a enfrentar nada más y nada menos que la temida comisión militar ejecutiva y permanente, la cual entonces podía confiscar, expatriar, fusilar, hacer lo que fuera. No existe ningún Estado de Derecho, ni ningún movimiento progresista en España, ni siquiera la aplicación... Bueno, usted vio lo que le pasó al general Lorenzo en Santiago de Cuba cuando trató de aplicar la Constitución. Lo que le ocurre cuando los liberales tienen que obligar al capitán general Cajigal a jurarla porque se oponen. Quiere decir: hay una Comisión absoluta y el único camino era ese camino.

Aún cuando eso se está generando —y ahora recuerdo mucho a Cintio (Vitier) cuando hablábamos de esa etapa—. Cintio y Fina (García-Marruz) siempre subrayaban que Martí creyó la guerra necesaria cuando la consideró inevitable. El padre Varela, que era profundamente religioso y que era un sacerdote de verdad (Eso está en las preguntas que vienen después.), su catolicidad expresada tan claramente: que no hay patria sin virtud ni virtud en la impiedad. Porque lo que reina aquí es el oscurantismo. No cabe duda que ahí está la gran incógnita. Para mí, no había la más mínima posibilidad; ninguna.

Y también la anexión republicana. Cuando usted lee ahora el libro de Salvador Morales, *México y Cuba: las relaciones interferidas...* Es un libro fundamental: de documentos, sacado de la cancillería de México. Todo no fue color de rosa; hay un período de la búsqueda. Cuando se crea la gran región del Águila Negra, Guadalupe Victoria, etc. Hay que barrer, porque es que Cuba era un pontón, preparado para volver a México. Y de hecho, la historia fue esa: de aquí salieron los nuevos defensores de San Juan de Ulúa. De aquí salieron los invasores de Santo Domingo. De aquí salió todo. De aquí salió Prin para México, años después. Entonces, había que liquidar eso con el apoyo de los que querían un cambio para sus intereses, o sin ellos. Y después está el otro gran peligro: no solamente la

anexión que podía venir de ahí sino la colombiana. También temían mucho a la colombiana. Algunos han calificado de cálculo la posición de Bolívar frente a las Antillas, y frente al tema de Cuba. En realidad, entre sus colaboradores hubo mucho —sobre todo por la presencia de cubanos muy activos dentro del movimiento bolivariano que eran radicales independentistas—. Por eso Varela estaba muy claro de que ni venezolano, ni colombiano, ni americano. Esto somos nosotros. Esa era una posición de él tempranamente muy clara.

¿Qué relación de aceptación y de ruptura es posible fundamentar en Varela sobre la base del concepto de guerra justa o necesaria, toda vez que, dada su irrefutable vocación sacerdotal optará por predicar la independencia de la isla de Cuba como resultado de la acción armada?

Ese es su principal impedimento para ingresar en el coro de los santos: un santo demasiado revolucionario. Y un santo que es capaz de llegar a afirmar eso. Claro, está dentro del concepto exacto de la guerra justa; dentro de lo que es legítimo moralmente: si se tiene en cuenta la servidumbre de los negros, la esclavitud; si se tiene en cuenta que el discurso de la guerra no era solamente para el disfrute de una hipotética libertad. Los americanos lo hicieron. Pero como dice Martí: no vacilaron en firmar la Constitución sobre las espaldas de sus propios esclavos. Este no es nuestro caso. Aquí hay un movimiento antiesclavista que él representa, y que es un movimiento muy temprano. No olvidemos que aquí ha pasado sin penas ni gloria la Constitución de Infante, de Frasquito Agüero y de Román de la Luz. De eso aquí no se ha dicho nada. Y está en la base de un movimiento político, de un pensamiento político, que se va haciendo cada vez más avanzado y con esos vínculos, con americanos continentales muy radicales que llegan a Cuba, que pasan por Cuba, se va refrescando.

Yo diría que una de las aportaciones más importantes es la del mismo Humboldt. Humboldt se fue con la convicción absoluta —ya la traía desde allá y la va a consolidar después en su famoso diálogo con Bolívar en el cual, más o menos, dice que allá las condiciones están creadas. Sólo falta el hombre—. Es decir, que Humboldt tenía, se le salía en la mirada, en los diálogos, en la conversación, en su especulación, un señalamiento de cambio profundo. Todo el que aspirara a cambiar la

esclavitud, la servidumbre y la esclavitud africana era esencialmente un revolucionario.

Pero había muchos revolucionarios que querían conservar sus esclavos. De hecho, los tuvieron hasta la última hora. A eso es lo que le da el valor enorme el 10 de octubre: el hecho de que Céspedes se haya decidido no a deshacerse de aquellos hombres que lo acompañaban ya casi como familia. Era una posición consuetudinaria, usucapión romano. No. Rompe la vara. Porque lanza el tizón sobre el barril de pólvora. Por eso es que Varela, en ese discurso que usted menciona, en esas palabras, y en esas convicciones, se hace tan temido por el gobierno español. Porque Varela está tocando el elemento esencial, el eslabón esencial de la cadena, que es el tema de la esclavitud, que es lo que lleva a la subordinación política, por obediencia y por temor.

El discurso público político de Varela se halla completamente mediado por las alusiones jubilosas a Dios y a la Iglesia Católica como componedores de proyectos de vida para cada individuo. Eso se puede apreciar cuando el tema tratado por él se centra en la isla de Cuba. Sin embargo, cuando analiza a los americanos, o a las repúblicas americanas de reciente constitución, jamás realiza tales alusiones ni se advierte mediado por la Iglesia. ¿Qué criterios le merece esta observación?

Bueno, ahí está la dualidad del sacerdote piadoso consecuente y santo que fue y el revolucionario que había en él. Primero, la Iglesia de ese tiempo no era la de ahora ni la de después. Esa Iglesia que precede a los años de levantamiento del 9 y del 10. Fíjese quiénes son los que se levantan: Hidalgo, Morelos, Matamoros: tres sacerdotes. Hidalgo, como militar, cometió todo tipo de errores. Sin embargo, Morelos era un jefe militar extraordinario, al mismo tiempo que un pensador y un hombre de ideas y de grandes intuiciones. Matamoros murió joven. Pero es el padre Muñeca, en Bolivia, es Bizcardo y Guzmán, en el Perú, es Félix Varela, en Cuba. Hay una pléyade. Están en el dominico que se halla detrás del Capitán General en Parán, cuando en la ventana, en Venezuela, le dice al pueblo que esto o aquello. Y el cura dice por detrás que no acepten nada. Es decir, que el pueblo votaba, debía votar por el cambio. Está en la raíz de los tiempos: es la Iglesia del padre Varela. La Iglesia fundacional; quizás la Iglesia que busca hoy el papa Francisco.

Estaba en su visión de la Iglesia de los albores de la colonización americana: la Iglesia de las Casas. (Ahora se cumplen quinientos años.) Está en la voz de Arnulfo Romero, de Yacuría y sus compañeros — a muchos de los que conocí yo personalmente —, de Camilo Torres. En ese momento se unen en el tiempo esas Iglesias frente a la Iglesia metropolitana: la Iglesia española, la Iglesia jerárquica nombrada desde allá. Hay un fermento en el clero joven, en la nueva Iglesia, en la Iglesia de las comunidades campesinas, en sacerdotes antiesclavistas que toman el ejemplo de San Pedro Clavel en el Virreinato de Nueva Granada, en Cartagena. Ese sentimiento entre la compasión y la justicia es el que tiene el padre Varela. Pero como su formación es ortodoxamente católica, es también cubana, pesan mucho en él esas otras influencias vocacionales que tuvo en el mandato de Espada quien lo exime, lo va eximiendo y lo va perdonando de todos sus deberes... Perdonando no... ¿Cuál es la palabra exacta? Le va adelantando aquello para lo cual no tenía todavía edad o competencia, para que pueda cuanto antes salir y finalmente lo impele al ruedo político.

¿Son dispensas?

Son dispensas. Y cuando ya entra al ruedo político, es lógico que para hablar a una gran mayoría, que no es precisamente una mayoría como él la quisiera. Él quisiera, y eso lo vamos a ver después: en su vida en Estados Unidos, en su labor para con los irlandeses. Él quisiera compatibilizar el sentimiento religioso: la fe y las ideas. La fe y la ideología. Quiere tratar de borrar ese antagonismo. Trata de borrarlo. Y para mí en todos sus discursos florece esa esperanza. Eso está permeado — esa etapa —, a mi juicio, de lo que no dejó de ser nunca. Desde luego que fue un creyente devoto y fiel; a pesar de que España trató de hacer de él un hereje, de que fuese condenado. Interfiere su nominación para cargos eclesiásticos superiores en los Estados Unidos. De hecho, lo condena a muerte. Y la condena a muerte implicaba que si era detenido o apresado se le aplicaría la desacralización como le hicieron a Morelos: descalzo, rayándole las manos con un cuchillo para quitarle las huellas del óleo santo con que había sido consagrado. Eso, despojándolo del hábito sacerdotal y de la unción sacerdotal. Eso es lo que habrían soñado. Pero no pudieron hacerlo.

Por eso la vida nos ofrece quizás ese símbolo lindo de que en el año 1853 muere Varela y nace Martí: el más poderoso continuador de sus ideas. Igualmente cristiano, mas no católico. El sentimiento cristiano late en todo el pensamiento martiano. Al mismo tiempo, con una rebeldía total contra una Iglesia que cree que el cristianismo ha muerto a manos del catolicismo. Al mismo tiempo cree que mientras haya frailes habrá tiranías.

En carta a José de la Luz y Caballero, Varela alude, con notable disgusto, a la parca acogida que tuvieron en la isla de Cuba el primero y el segundo tomo de Cartas a Elpidio. Existe alguna posibilidad de que la religiosidad profunda e inalterable de Varela haya mediado el fracaso civil del patriota y, por ende, trajera en algún por ciento el sufrimiento político?

Yo creo que sí. *Cartas a Elpidio* es un tratado filosófico; pero una obra para entrar directamente en el mundo académico, en el alto mundo académico que por un tiempo, no ya definitivamente, sino por un tiempo: el tiempo de Espada y un poquito más brilló en las aulas del Seminario de San Carlos. Quizás en los discípulos muy escolásticos de los dominicos que, sin embargo, eran hombres inteligentes y brillantes y que regenteaban el mundo universitario y las cátedras de Filosofía. Es posible. Pero yo creo que sí, que es la causa. Y él lo comprende.

En el tomo II de Cartas a Elpidio, dedicado al diagnóstico y análisis de la superstición, exactamente en la Carta Primera, Varela afirma: «Todas las dificultades en esta materia cesarán, mi amigo, luego que se restablezca el sentimiento esencialmente católico que guiaba a los cristianos primitivos, y es depender siempre de Dios y nunca de los hombres»...

Es lo que busca él, como lo dije anteriormente. Ese cristianismo primitivo es lo que inspira su catolicidad. Y al mismo tiempo, quizás como sucede hoy también, vemos que se pasa de la antropología y de la etnología directamente a formas de religiosidad tribales. Es lo que ocurre. Pero tanto en religiosidad como en Filosofía hay que ir buscando siempre formas superiores.

Una vez guíé a un líder africano a una exposición etnológica muy importante que hay aquí. Había muchas representaciones de deidades africanas, orishas. Y al final de todo aquello había una cortina y un cielo azul. Y le dijeron: «el Supremo, el que está por encima de todo». Entonces el líder africano, presidente

de una república, dijo: «Esa es la verdad. Todo lo demás son caminos que entran en la selva, pero el camino verdadero es este: el Supremo.» No el que vieron los conjurados de las logias: separados ya del rito religioso, de la observancia de los dogmas y que ven al Creador como un Gran Arquitecto del Universo. Ellos, constructores de inacabadas catedrales, vieron que el objetivo supremo estaba en esa figura, o en ese ser, o en ese espíritu desconocido.

El padre Varela apela al cristianismo primitivo. Esta es la Iglesia que le interesa. No olvide que Espada fue acusado (su mentor). Y está la carta durísima del Papa en que le dice que es un francmasón y que es un lobo que ha entrado en su rebaño. Le dice eso el Papa en una carta a Espada, cuando ya está condenado, cuando ya se lo va a llevar la Inquisición y cuando Fernando VII dice que ya no espere más el Capitán General. Que el noble anciano —como lo llamaban algunos aquí—, hay que llevárselo para allá. Porque no ha hecho más aquí que lanzar las semillas del mal, del pensamiento, las ciencias, las ideas. Este es el hombre que se hace vacunar por Romay, y que además plantea que en el acto del bautismo se vacune a los niños. El hombre que tiene una idea antiesclavista.